

Javier Gomá Lanzón

Filosofía mundana

Microensayos completos



Galaxia Gutenberg

JAVIER GOMÁ LANZÓN

Filosofía mundana

Microensayos completos

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo 2016

© Javier Gomá Lanzón, 2016
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic, SL
Depósito legal: B. 2552-2016
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16495-68-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Filosofía *sobre* el mundo, *para* todo el mundo y... *con* un poco de mundo

Este libro contiene la totalidad de mis microensayos. No todos los ensayos cortos de los que soy autor entran, en mi concepto, en el género de microensayo, sino sólo aquellos que se dan un cierto aire mundano. Distingue, pues, a este género, por contraste con otros textos ensayísticos de formato breve, el modo mundano de filosofar. La nota de mundanidad señala triplemente la dirección a una filosofía que desea pensar *sobre* el mundo, *para* todo el mundo y, si la ocasión se muestra propicia, *con* un poco de mundo.

Pensar *sobre* el mundo, sobre las cosas mismas, en su inmediatez, vecindad y cotidiano roce, asistido por las mejores ideas de quienes hayan pensado lo mismo antes, pero sin que la mediación de una historia de la filosofía —con sus obras canónicas, sus grandes nombres— estorbe la visión directa, personal. Dicho de otra manera, el tema es el mundo, apropiado nuevamente por nuestro tiempo, no los libros que cavilan sobre él. *Filosofía mundana* se desentiende de esos problemas meramente filosóficos, divorciados de la experiencia compartida, que sólo preocupan a los profesionales de la disciplina si por ventura caen dentro de su especialidad académica y, en cambio, elige como asunto cuanto mantiene en vilo al común de los mortales: la individualidad, la belleza, la fortuna, el amor, la felicidad, la dignidad, el anhelo, la civilización, el entusiasmo, el enigma de la vida, la paz, el arte, la justicia, la muerte y tantos otros.

De ahí que este pensar sobre el mundo sea también por fuerza un pensar *para* todo el mundo. Todos experimentamos cada día los dilemas y las contradicciones de un mundo que, con una mano, nos concede el gran premio de la individualidad, último y supremo estadio en la evolución de la vida, pero que luego, con la otra mano, nos lo revoca reservándonos el mismo destino de corrupción y de muerte que al resto de los seres menos evolucionados. Tratamos una y otra vez de adaptarnos, pero inevitablemente persiste un cierto extrañamiento residual

que nos estremece y nos da que pensar. De lo que se sigue que, en un sentido amplio, todos los hombres y las mujeres somos nativamente poetas y filósofos: todos sentimos poéticamente la realidad y la interpretamos, aunque no todos hagan literatura con ello. Lo cual, bien mirado, supone un compromiso de mundanidad para esa minoría literaria que, movida por una vocación, sí escribe y publica libros: porque si se hicieran cargo de este universalismo poético-filosófico originario, entonces intentarían con sus obras mejorar la imagen del mundo de sus lectores y ayudarles así a apurar la copa de su vida. El cometido que Mallarmé asignó al poeta, «dar un sentido más puro a las palabras de la tribu», puede extenderse al filósofo también: purificar los conceptos para que la tribu conozca el placer de ser contemporáneo. La filosofía ha de contribuir a formar ciudadanos críticos, se repite con demasiada frecuencia, lo cual es cierto sólo si se toma la crítica no como meta, sino como paso previo al fin superior de educar ciudadanos gozosos, preparados para arrebatarse a su época los beneficios que atesora y disfrutarlos. Filosofía mundana es aquella –en comunidad con la novela, la poesía, el teatro, la pintura o la música– capaz de intensificar la vida, de prestarle espesor y profundidad. El filósofo no escribe sus novelorías conceptuales para regalo exclusivo de otros filósofos o de los profesores de filosofía, sino en beneficio del ciudadano corriente, no especializado, que anhela vivir su vida de forma más sabia, más entusiasmada, más significativa, más digna de ser vivida.

Indudablemente, a una filosofía sobre la totalidad del mundo y para todo el mundo le sería muy recomendable presentarse ante los demás *con* un poco de mundo, esto es, con estilo, gusto y buen sentido, como ese elegante *hombre de mundo* que se conduce con desenvoltura en sociedad y domina el arte de deleitar, intrigar y conmover con sus razones a una agradecida audiencia. Conoce de sobra las ventajas que para atraer y retener la atención general ofrece un discurso breve, claro y ameno, contado con habilidad narrativa y en tono vagamente confidencial, salpicado de anécdotas personales y algunos pellizcos de humor. Con ese mismo propósito, la filosofía mundana cultiva un género que le es propio, el microensayo, donde esos recursos retóricos se ponen al servicio de una aproximación filosófica renovada a cuestiones permanentes de la existencia humana.

Bien entrado en el camino de la vida, le nace a uno el deseo de pararse un momento y, antes de retomar la marcha, echar la vista atrás y contemplar la panorámica de lo ya recorrido. Recientemente, presenté

de forma unitaria mi tetralogía de la ejemplaridad (Taurus, 2014), cuyas cuatro entregas habían aparecido por separado a lo largo de los diez años anteriores; con mucha alegría hago ahora lo mismo con los microensayos completos. Este libro reúne los 63 que hicieron su debut primero en ese salón literario que es hoy el suplemento cultural del periódico (*Babelia* de *El País*, mayoritariamente, y también *Culturals* de *La Vanguardia*). A los luego recogidos en *Todo a mil* (Galaxia Gutenberg, 2012) y en *Razón: portería* (Galaxia Gutenberg, 2014) se añaden seis posteriores que aquí se coleccionan por primera vez.

Juego con el símil musical: la tetralogía equivaldría a la obra sinfónica de mi catálogo, mientras que los microensayos de este volumen, a la de cámara. Ciertamente que la música camerística se escribe para formaciones y espacios más reducidos, pero eso no hace de ella necesariamente un arte menor, pues algunos de sus géneros, singularmente el cuarteto de cuerda, rivalizan en posibilidades musicales y en ambición artística con las piezas orquestales. Lo mismo sucede con los microensayos: pese a la brevedad del formato y a su origen periodístico, no ceden en voluntad filosófica a la más extensa y argumentada tetralogía, con la que comparten, como es natural, una misma visión de fondo, si bien expresada de otra manera, más casual, más atenta a las mil inflexiones de lo humano, menos demostrativa y más sutil. La publicación conjunta de los microensayos en este libro tiene también entre sus objetivos, aparte la satisfacción íntima, hacer visible ante el lector la unidad filosófica existente entre ellos y con la tetralogía.

Madrid, enero de 2016

INDIVIDUALIDAD

Primores de lo mortal (un himno)

Definitivamente, los dioses olímpicos nos miran por encima del hombre. Ellos son inmortales mientras que nosotros, dicen, somos «semejantes a las hojas». El Dios bíblico es eterno más que inmortal porque no tiene nacimiento. La teología medieval lo definió como el «ser necesario», pues entre las perfecciones que le son propias se halla la necesidad de existir. Frente al ser necesario ponían los teólogos el ser contingente, donde estamos todos los demás, los dioses olímpicos y nosotros. Ahora bien, se puede ser contingente de dos maneras.

Hay, por un lado, la contingencia de lo que es de una manera pero podría ser de otra: así, yo nací en Bilbao, estudié clásicas y casé con Teresa, pero podría haber nacido en Logroño, cursado arquitectura y casado con Begoña o permanecer soltero. Todas estas circunstancias constituyen «las contingencias de la vida», esa mudable combinación de rasgos y hechos que llenan nuestra personal biografía. Por otro lado, hay una contingencia que no es, como la primera, la de ser de una manera pudiendo ser de otra, sino la de «ser» pudiendo simplemente «no ser»; no se trata ya de las «contingencias de la vida» sino de la «vida contingente»; no de un discurrir cambiante de los acontecimientos en la vida del hombre, sino de que esa vida humana, tarde o temprano, dejará de ser: morirá.

Los dioses olímpicos no son eternos puesto que nacen –como resultado de circunstancias que no tienen nada de necesarias: con frecuencia grandiosas y pletóricas uniones sexuales entre ellos–, pero, una vez engendrados, ya no mueren nunca. Como son inmortales, están al abrigo de la «vida contingente», pero eso no les libra ni mucho menos de las azarosas «contingencias de la vida». Sin duda, los olímpicos disfrutaban de importantes privilegios: no envejecen, poseen poderes extraordinarios –desplazarse a gran velocidad, metamorfosearse, hacerse invisibles, infundir fuerza o anularla– y pasan mucho tiempo en banquetes, alimentándose de la dulce ambrosía. Pero, por mucho que ellos

lo pretendan, no puede afirmarse que estén exentos de preocupaciones: como pone de relieve el estudio *La vida cotidiana de los dioses griegos*, de G. Sissa y M. Detienne, caen presa de grandes pasiones que los trastornan, como el deseo carnal, la cólera o la ira; se dejan involucrar intensamente en los conflictos humanos tratando de cambiar sus destinos y, aunque no fluye por sus venas la roja sangre, a veces reciben heridas y se lesionan.

Con todo, una raya infranqueable separa a los dioses inmortales de los hombres «semejantes a hojas», pues nosotros no sólo estamos expuestos a los imprevisibles accidentes de la vida, sino que sufrimos fatigas, dolores y trabajos y al final, tras muchos años temiendo a la muerte, acabamos sucumbiendo a ella. Por eso, desde su altiva posición, desdeñosamente dijo Zeus, «acumulador de nubes», que, «entre todos los seres que andan y respiran sobre la tierra, ninguno es más miserable que el hombre».

¿Tiene razón Zeus?

Pienso que hay en su juicio una profunda incomprensión de los sutiles encantos de la mortalidad humana. Por supuesto, no seré yo quien niegue todas esas penalidades que acompañan nuestra existencia sobre la tierra, antes de acabar bajo ella. Pero, junto a esto, hay que poner otros placeres y bienes específicamente humanos, los cuales –esto es lo que me interesa destacar ahora– son lo que son sólo porque morimos, pues, si fuéramos inmortales como los olímpicos, tendrían para nosotros un sentido distinto o quizá estarían simplemente ausentes.

Vida humana es vida en peligro. Es el riesgo de no poseerlas o de, poseídas, perderlas, lo que hace deseables las cosas de este mundo. La incertidumbre aguijonea el goce, la inseguridad punza el placer. Perseguiamos lo que nos es esquivo, y de ahí que Platón haga al dios *Eros* hijo de Poros y Penia, de la abundancia (que anhelamos) y de la penuria (que sentimos). Cuando llega fugazmente el momento de la posesión, exclamamos, con Fausto: «¡Detente, instante, eres tan hermoso!», pero no se detiene, y es precisamente esa fugacidad lo que lo hermosea. ¿Amaríamos lo que amamos y como amamos si la pulsión por poseer no estuviera mezclada con el ansioso temor a la pérdida? El destino ha vertido en la copa del corazón humano unas gotas de desesperación y, a causa de este cóctel, el auténtico desear humano es siempre una emoción doliente.

Más aún: amamos las cosas porque las vemos amenazadas, bajo una luz crepuscular. Se dispara nuestro amor cuando nos asalta la conciencia de su vulnerabilidad. Los dioses nos llaman con desprecio «se-

mejantes a hojas» ignorando que es el esplendor de hoja caduca lo que nos conmueve y el temblor rosa de la carne efímera lo que nos enciende. Y así en todo: la madre se entenece de su recién nacido porque lo ve dependiente y frágil; juramos amor eterno porque nos rebelamos a su extinción inexorable; admiramos al hombre valiente porque sabemos que arriesga su única vida; nos conmueve la belleza del otoño porque tenemos en mente el rotar de las estaciones. ¿Qué es la filosofía sino aprender a morir? ¿Qué es la ciencia sino una lucha contra la intrínseca imperfección del mundo? ¿Qué el arte sino la promesa de una felicidad que se nos escapa?

El mundo humano, tal como lo conocemos, con su amor, deseo, placer, virtud, filosofía, ciencia y arte, está transido de los primores de nuestra mortalidad transeúnte. *Nos gustaría un mundo mejor, pero no uno distinto.* ¡Oh, Zeus, padre de los dioses!, he de decirte, con el debido respeto, que vuestra existencia es quizá muy poderosa pero, en comparación con la humana, me parece banal. Le falta la profundidad de lo que va en serio. «La muerte es la madre de la belleza, y de ahí que sólo de ella / vendrá el cumplimiento de nuestros sueños / y de nuestros deseos» (Wallace Stevens, «Sunday Morning»).

Diosa Fortuna

Cuando a veces me pregunto por qué razón no me seducen esos juegos de azar con los que tantos entretienen sus ocios, me digo que quizá se deba a que estos pasatiempos se me antojan redundantes respecto a la entera vida del hombre, ya de por sí un gran juego de suerte. Sólo un necio redomado ignoraría el protagonismo que la Fortuna tiene en todas las cosas humanas y a medida que uno avanza por el camino de la vida la certeza del imperio de esta diosa sobre nuestros azacaneados destinos se confirma aún más, pues lo ha probado ya en demasiadas ocasiones como para olvidarlo. Conocerse es reconocerse que los éxitos parciales obtenidos en el curso del tiempo, aun los más estimados, han dependido en gran medida de un encadenamiento de circunstancias que escapaban al control propio y son por tanto indiferentes al mérito personal. Hay gente de la que diríamos que tiene buena estrella, que las circunstancias parecen conspirar en su beneficio y sorprenderle siempre en el lugar y momento apropiados. Pero cuidado con ofuscar-se y creerse predestinado al triunfo desdeñando la fuerza del acaso, porque los dioses se divierten entonteciendo con esas gallardías a quien previamente han decidido derribar. Las Moiras preparan para cada uno de nosotros un lote personalizado en el que la buena suerte tiene una tasa máxima irrebasable mientras que la proporción de la mala es potencialmente sin tasa.

Hay ocasiones, en efecto, en las que la desgracia arrasa con todo y devasta lo más valioso como un huracán y un terremoto juntos, sin que ni arte ni virtud sean capaces de poner dique a este desdichado golpe adverso. El adagio latino *ars vincit omnia* no se cumple a todo trance, ya que la tecnología que los hombres inventamos para alterar los procesos naturales a nuestra conveniencia no asegura siempre el resultado buscado, expuesto a esos casos fortuitos y de fuerza mayor que se resisten a dejarse dominar. *Virtú vince fortuna*: el viejo lema de los humanistas cívicos florentinos indica solamente que la virtud incre-

menta las posibilidades de conseguir aquellos bienes que requieren esfuerzo, trabajo y sacrificio, pero desgraciadamente no garantiza nada. Ninguna conquista es firme ante esa que Epicuro llama «la tirana universal». Aristóteles sostiene que la práctica de la virtud conduce normalmente a la felicidad, la cual, una vez conseguida, es «difícil de arrebatarse», pero concede que no constituye un criterio infalible y que el hombre no deja nunca de ser vulnerable a la fatalidad. Siempre realista, admite el poder ingobernable de la Fortuna (*Tyche*) que, cuando le place, se impone olímpicamente y en uno de sus vaivenes nos devuelve a la completa indigencia, y se acuerda del infortunio de Príamo, rey de Troya, quien hubo de soportar ser testigo de la muerte de sus hijos y de la ruina de su pueblo sin culpa alguna por su parte.

Corolario de lo anterior es que el mundo es injusto, no retribuye la virtud, se complace en desbaratar los planes humanos y está gobernado por una arbitrariedad ciega y estúpida.

Y, sin embargo, esta arbitrariedad impredecible de la vida, hija de la casualidad y del capricho, es la que paradójicamente presta a lo humano su torso más reconocible y más seductor. Sabemos que vamos a morirnos pero no sabemos cuándo, como aquellas obligaciones condicionales que los romanistas denominaban *certus an, incertum quando*. No es que ignoremos el *quando*, es que ni siquiera está escrito y permanece a expensas de imponderables como las enfermedades o los accidentes. Esta bendita incertidumbre sobre la propia muerte deja abiertas muchas posibilidades al hombre y le permite vivir la vida como una aventura de imprevisibles resultados introduciendo así una lujosa complejidad en la existencia humana, que, sin embargo, se empobrecería si fuera totalmente calculable y los acontecimientos siguieran siempre el curso establecido. Además el azar proporciona al bocado de la vida ese punto picante y ese toque casual que excita nuestro deseo. La Fortuna, con sus excentricidades de dama consentida, pone lo nuestro en permanente peligro y queremos lo que poseemos porque está amenazado y tememos perderlo. Y esto incluye a la persona amada, un milagro de coincidencias felices que el amante adora en su rigurosa accidentalidad.

Bien mirado, el individuo mismo es resultado, a través de la unión sexual de dos células germinales, de una combinación impredecible de 46 cromosomas. El azar ejerce aquí de prenda de la individualidad humana, urdidor de ese ADN específico que nos singulariza. En último término, somos hijos de la lotería genética aún más que de nuestros

padres. Es tranquilizador pensar que con cada uno de nosotros se han barajado las cartas de un modo diferente. De ahí la angustia de una manipulación genética que trascendiera los sanos fines terapéuticos. Imaginemos una sociedad que, mediante técnicas avanzadas, se decidiera a sustituir el azar en el origen genético del individuo por una planificación racional de las fecundaciones invocando el propósito de superar la actual lotería en la herencia genética mediante otro procedimiento que asegurase la igualdad de oportunidades naturales entre todos. La colonización del azar por la técnica, en nombre de la justicia, daría lugar a una serie de personas robotizadas. Repugna pensar en nuestro más íntimo yo como algo que, en lugar de hundir sus raíces en el misterio, fuera el producto seriado de un proyecto tecnológico con coartada moral.

Si empecé este microensayo deplorando la injusticia de la Fortuna, diosa antojadiza y mudable, ahora he de terminar celebrando su contribución a sazonar la vida humana evitando que se ponga rancia. Es preferible el azar injusto a una justicia invasiva que te regala la igualdad natural al precio de arrebatarle tu intimidad más exclusiva. En un mundo despojado de azar, sometido por entero al cálculo humano, sin incertidumbre ni aventura ni amor ni individualidad, quizá gente como yo empezaría a jugar a las cartas o a los dados, pero honradamente creo que no compensa.

Reconciliados con la imperfección

Hoy todo el mundo quiere dar un sentido a su vida, pero eso del *sentido* es una preocupación relativamente reciente. En nuestra Antigüedad clásico-medieval a nadie se le ocurrió buscar tal cosa –no hay palabra griega o romana que traduzca con propiedad este concepto moderno–, pero no porque no existiera sino porque el sentido de la vida era entonces demasiado evidente como para que alguien se planteara siquiera interrogar por él. Así fue mientras estuvo vigente una determinada imagen del mundo: la del mundo como cosmos. La cosmovisión descansa en dos presupuestos: primero, que la realidad es un todo ordenado (lo cual es mucho decir), y segundo, que el orden que lo estructura asume la forma de una jerarquía vertical en progresión ascendente (y esto mucho más), de manera que lo sensible de la tierra –lo que vemos y palpamos– vale sólo como participación de los superiores arquetipos ideales, en los cuales, aun siendo invisibles, reside todo ser. Este *ordo* preestablecido asigna funciones precisas a los entes de la pirámide ontológica, desde los minerales en la base, hasta Dios en el ápice, y por supuesto, en el centro, a los hombres, a quienes además divide en estamentos, profesiones y oficios conforme a un paradigma eterno. El orbe siempre ha sido perfecto, exacto y armonioso, y nada puede alterar su gloria. Ante tanta maravilla la única reacción condigna es la celebración. Píndaro, en un himno perdido, contaba que cuando Zeus hubo ordenado el mundo y los dioses vieron con mudo asombro su magnificencia, les preguntó a éstos si echaban de menos algo. «Sí –respondieron–: una voz para alabar las grandes obras y la completa creación en palabras y música.» Y entonces nacieron las Musas para cantar la alegría de Zeus ante la plenitud del ser.

Vigente una tal cosmovisión huelga enteramente la pregunta por el sentido de la vida porque el único sentido que cuenta es el que emana el todo cósmico trascendiendo las anécdotas de los destinos humanos particulares. Si yo sufro, si no soy feliz, si incluso muero inicuaente,

he aquí un hecho que, claro está, a mí me afecta muchísimo, pero mi suerte personal, sea cual fuere, no menoscaba lo más mínimo la inmutable perfección del cosmos, que permanece tan majestuoso como antes. Esto es lo que suele olvidarse cuando se estudia la tragedia griega: lo trágico, para el griego antiguo, estribaba en lo incomprensible del infortunio que padece el héroe –Prometeo, Antígona, Ifigenia– en un mundo por lo demás racional, benéfico y hermoso, a diferencia, por ejemplo, de las tragedias shakespearianas en las que los protagonistas –Macbeth, Otelo o Lear– son barridos por un caos y una ola de destrucción que son ya ley general en el universo.

En determinado momento histórico el cosmos decae como imagen del mundo, y el hombre, que hasta entonces había sido sólo una parte de él, se desprende del cuadro y se constituye en una nueva totalidad autosuficiente. Entre el Renacimiento y la Ilustración surgen el retrato, el ensayo de tono existencial, el idealismo filosófico, los diarios íntimos o la novela moderna: géneros que responden al desconcertante problema del sentido de la vida humana al que ese yo extrañado del mundo por primera vez se enfrenta. Téngase presente que el cosmos era un conjunto perfecto y eterno, mientras que este yo segregado es una entidad *moral y mortal*, tan consciente de su dignidad como de su muerte inevitable. La muerte ya no es como antes una anécdota en un cosmos radiante sino que conlleva ahora la destrucción de toda fuente de sentido. Como, de un lado, sólo lo individual muere, no las generalidades abstractas, y de otro, en la modernidad el individuo adquiere la más alta conciencia de sí mismo, no es exagerado decir que la muerte, en su más cruenta radicalidad, es una experiencia específicamente moderna. Leopardi en sus *Cantos* –«*O natura, / perché non rendi poi / quel che prometti allor?*»– se lamenta de que el mundo permita al yo nacer y crecer en su suelo para luego, cuando es lo bastante maduro para anhelar la felicidad, lo condene a la frustración, la decadencia y la nada. El descubrimiento de la intimidad va parejo a la experiencia de la injusticia estructural del mundo hacia ese yo autoconsciente condenado a muerte. Porque la realidad no es un cosmos sino un mundo injusto, el hombre empieza a interrogarse ansiosamente sobre el sentido de su vida.

Los himnos al cosmos dan paso a las elegías que se duelen de la injusticia del mundo. Faulkner definió bien la aporía moderna en su novela *Palmeras salvajes*: «Entre la tristeza y la nada elijo la tristeza». Lo imperfecto del mundo es, en efecto, triste si se compara con esa jovial

plenitud del cosmos que las Musas celebraban. Pero hay otra perspectiva que prescindiendo de comparaciones libera las potencialidades positivas de la imperfección. No deberíamos nunca dejar de asombrarnos de que exista el ser y no la nada, porque, como dice Fernando Savater, la muerte nunca podrá arrebatarnos la victoria de haber vivido. Además, a veces uno conoce experiencias iluminadoras –pasión, ternura, belleza sorprendida, epifanías de la vida cotidiana– en las que pareciera que se eleva en éxtasis por sobre los fragmentos de la existencia y se proyecta a una totalidad de significado en la que por un momento las piezas parecen encajar otra vez.

Pero el secreto último, amigo mío, para aprender a reconciliarse con la imperfección está en descubrir que no existe en este mundo nuestro algo así como un «sentido de la vida» que pueda comprenderse intelectualmente y escribirse en un papel como la fórmula de la Coca-Cola; este mundo no tiene solución teórica sino sólo una salida pragmática: el placer que Aristóteles asoció al mero ejercicio de las potencias, o la dicha que produce al tenista jugar al tenis, y al hombre... ser hombre. Porque sí. Como esa rosa sin porqué a la que simplemente le gusta ser rosa.

Razón: portería

Uno quisiera simplemente vivir y envejecer, pero al final termina buscando razones a su existencia. ¿Dónde hallarlas? Cada uno de nosotros, los que todavía seguimos alentando sobre la tierra, nos parecemos a esos que salen a la calle a fatigar la ciudad en busca ansiosa de una nueva vivienda en la que, en ese momento, cifran sus esperanzas de bienestar. En el barrio elegido, van escrutando portales y ventanas y se paran ante el letrero que anuncia, con caracteres anaranjados, que hay un piso vacante. «Se vende» o «se alquila» pregona el letrero y a seguidas: «Razón: portería». Quien «da razón» del piso es, pues, el portero: él conoce sus datos fundamentales, como metros cuadrados, número de dormitorios y baños, orientación y precio, y si éste es o no negociable. Y, además, suele custodiar un juego de llaves para enseñarlo. ¿Quién por ventura custodia la llave de la vida? Esa que, al entrarla en la cerradura y girarla, abriría la puerta que esconde el enigma del incomprensible destino humano. Muchos aceptaríamos de grado ignorar el porqué de la vida –por qué es como es y no mejor– si se nos revelara, a cambio, un claro y nítido para qué. Me pregunto qué nos sucedería si en una de esas pesquisas callejeras tropezáramos con un cartel que, corrigiendo el primero, rezara así: «Se vive, se envejece, se ama, se desea, se sufre, se muere. Razón: portería». ¿Quién no correría anhelante al chiscón del portero? Sería conveniente entonces saber quién puede dar razón, no ya de un piso, sino de la vida humana misma. La misión de la filosofía, según el Sócrates platónico, es *logon didonai*, «dar razón» de cuanto hay en el mundo. En consecuencia, la filosofía es actividad de porteros (confío no se me ofendan éstos), con la diferencia a favor de los porteros que ellos, al día de hoy, desempeñan su oficio sin grandes quejas mientras que los filósofos, de un tiempo a esta parte, decepcionamos a la ciudadanía porque apenas somos capaces de dar razón de nada de modo veraz, interesante y significativo y, a la hora de abrir la puerta de acceso a la

verdad, se diría que, por desgracia, hemos extraviado el manojito de llaves.

Karl Jaspers designó con la expresión «tiempo-eje» las transformaciones espirituales que se produjeron en la cultura universal a partir del año 800 a.C., cuando, en un estrecho margen de tiempo, coincidieron filósofos presocráticos, profetas bíblicos, Zaratustra, Buda y Confucio. Sin duda, entonces ocurrió algo trascendental –que Jaspers define como la intuición de «la unidad y totalidad del ser»– pero, a mi entender, el hiato abierto entre los siglos XVIII-XIX de nuestra era, con el advenimiento de Ilustración y Romanticismo, constituye un «tiempo-eje» aún más profundo, porque el primero tuvo lugar en el seno de la cosmovisión antigua mientras que el segundo supone la definitiva desaparición del cosmos como imagen del mundo. Ese súbito desvanecimiento de la cosmovisión tradicional se produce a impulsos del rampante individuo autoconsciente, ese yo moderno que representa la última etapa de la evolución de la vida y su manifestación óptima. En la vasta época premoderna existió la idea de humanidad o del hombre genérico pero no la de un individuo elevado a la categoría de totalidad suficiente y autónoma, segregada y aun hostil a la realidad restante. Se aprecia una diferencia entre lo que dice, de un lado, Aristóteles: «No es bueno que cada ciudadano se considere a sí mismo como cosa propia: todos deben pensar que pertenecen a la ciudad porque cada uno forma parte de la ciudad», y lo que, de otro, escribió Kleist, el poeta romántico alemán: «Para ser hombre verdadero hay que estar lejos de los hombres». El problema moderno se resume, en efecto, en cómo ser *hombre verdadero*. Si se nos ofreciera un filtro cuya administración nos garantizara una felicidad perpetua con independencia de nuestros logros y decisiones individuales, la mayoría de nosotros no lo tomaría, porque percibiría ese estado placentero como una forma odiosa de despersonalización. Lo cual demuestra que, para nosotros, los *modernos*, lo primero es ser individual y todo lo demás, ¡todo!, adquiere valor sólo en tanto que lo somos.

La perplejidad de la filosofía contemporánea dimana del hecho de que el utillaje conceptual todavía hoy en uso se forjó en la época cósmica de la cultura y no sirve para iluminar la experiencia del yo moderno. La tarea actual de la filosofía consiste en reinterpretar esas categorías desde la perspectiva del destino individual del hombre, cuyo entorno ya no es el cosmos acogedor y nutricio de la tradición secular sino un mundo estructuralmente injusto con el afligido yo. Por su par-

te, antes de proceder a dicha reinterpretación, este mismo sujeto moderno ha de cumplir con lo suyo y decidirse de una vez a someterse a una dieta severa de adelgazamiento para desprenderse de la grasa sobrante adherida a una noción absoluta del individuo (como la de la cita de Kleist), de cariz sociópata y a la postre inviable, y adoptar a cambio otra relativista y contingente encarnada por el ciudadano democrático que desea la concordia y asume positivamente y como parte de su identidad personal los límites a la subjetividad inherentes a la convivencia.

En suma, una apropiación de la tradición filosófica en perspectiva individual, previo aligeramiento por parte del yo de ese exceso de énfasis heredado del Romanticismo, conforma mi particular *logondidonai*, algo que en el curso de las sucesivas entregas de estos microensayos, he tratado de practicar al presentar mi visión adelgazada del sentido de la vida, el yo (único y repetible), la mortalidad, la felicidad, la belleza, el amor, la ética de la vida privada o la verdad del relativismo.

Me falta una poética. Pero, ahora, si me disculpáis, os dejo porque se me hace tarde y tengo que repartir el correo en los buzones.